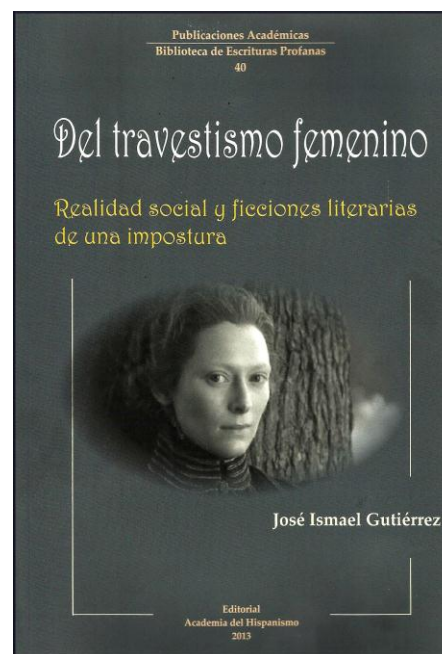




Estudios de Teoría Literaria
Revista digital, Año 4, Nro. 7, 2015
Facultad de Humanidades / UNMDP, ISSN 2313-9676

José Ismael Gutiérrez
*Del travestismo femenino. Realidad social y
ficciones literarias de una impostura*
Pontevedra
Editorial Academia del Hispanismo
2013
313 pp.



Mariana Blanco¹

Recibido: 02/02/2015
Aceptado: 12/02/2015

Juego de máscaras, ocultamientos y revelaciones; estratagema para eludir, desafiar o cuestionar, aunque más no sea transitoriamente, las limitaciones impuestas a las mujeres por la mentalidad patriarcal: el travestismo femenino, pese a ser una práctica omnipresente a lo largo de los siglos, no parece haber suscitado en el ámbito académico el mismo interés que la variante masculina del fenómeno. Desde enfoques muy diversos, las reflexiones teóricas se han centrado en el modo en que esta experiencia es vivida por los hombres y solo de manera tangencial se han ocupado de analizar la misma conducta en la mujer. Partiendo de

la constatación de este déficit de incursiones críticas y a sabiendas de que los objetivos e implicaciones de ambas actividades no resultan en absoluto análogos, *Del travestismo femenino. Realidad social y ficciones literarias de una impostura* indaga en los ambivalentes alcances de dicho cruzamiento vestimentario, tanto en el marco del imaginario artístico-literario como en la esfera de lo real. Valiéndose de una perspectiva multidisciplinar que recupera, entre otros, los aportes de la teoría *queer*, los estudios de género y los *Cultural Studies*, José Ismael Gutiérrez se propone demostrar la importancia del rol modélico desempeñado por la cultura que, al fijar los parámetros que en cada época separan lo normal de lo excéntrico, lo socialmente aceptable de lo prohibido, constituye una

¹ Profesora en Letras. Docente del área Literatura y Cultura Europeas (UNMdP). Contacto: marublanc@gmail.com

variable fundamental al momento de interpretar las posibles connotaciones, efectos y reacciones que trae aparejados el comportamiento travestista femenino.

Siete capítulos componen la primera parte del libro en la que el autor explora, en líneas generales, las diversas concepciones del travestismo, sus proyecciones, códigos y contradicciones, con el objeto de dilucidar aquellos “vectores epistemológicos” que confluyen en buena parte de las manifestaciones de esta “artimaña identitaria” (21). Atento a las fuertes concomitancias entre ficción y realidad histórica, observa cómo opera este *leitmotiv* en el campo de la expresión literaria, examinando, a su vez, destacados casos reales de transfiguración genérica que en no pocas oportunidades han seducido a artistas y escritores y han funcionado como inspiración para la recreación poética.

Este trayecto inicial presenta un esclarecedor estado de la cuestión que comienza por reparar en la existencia de un consenso crítico en lo que atañe a la conceptualización del travestismo. El término fue acuñado a principios del siglo XX para definir la tendencia de un individuo a ataviarse “con ropas y accesorios estereotípicamente asociados al sexo contrario” (30), acepción que sigue más o menos vigente hasta nuestros días. Asimismo, Gutiérrez retoma la tipología propuesta por Alejandra Zuñiga que procura sistematizar algunas de las modalizaciones de la actividad travesti, las cuales van desde el travestismo estratégico, mágico-religioso o escénico al travestismo erótico y de identidad. Pero más allá de las clasificaciones que, en muchos casos, resultan en exceso esquemáticas al no contemplar las posibles articulaciones entre las diferentes variantes, lo que le interesa destacar al autor es la pluralidad de matices, la

naturaleza polisémica de este acto, que entraña distintos grados de identificación con esa otredad cuya apariencia se ha decidido adoptar, así como también la heterogeneidad de sus propósitos y motivaciones. La complejidad del objeto de estudio conduce a Gutiérrez a sostener que sería más pertinente hablar de *travestismos*, antes que de travestismo en singular, a fin de reafirmar la diversidad de una práctica que, en su versatilidad, excede todo intento de categorización teórica.

Siguiendo esta línea, el texto apunta a desmitificar ciertas aproximaciones equívocas que han contribuido a limitar la comprensión del fenómeno, entre ellas la controvertida asociación entre travestismo y homosexualidad, que exige una revisión a la luz de los debates actuales en torno a las categorías de sexo y género. Gutiérrez cuestiona el supuesto, muchas veces aceptado, de que el hábito de travestirse comporta una orientación homoerótica en el individuo, atribuyendo esta “lectura fundamentalista” al pensamiento heterosexista tradicional que asume, de manera inexacta, que la transgresión genérica se halla ineludiblemente ligada a la transgresión sexual (37).

Inversión de roles sociales y sexuales, relativización de la identidad, exaltación de la ambigüedad, abolición de las dicotomías y de los convencionalismos de género son algunas de las inquietudes que atraviesan la reflexión del autor. En este sentido, es sumamente interesante el rastreo que hace Gutiérrez, a partir de la teoría bajtiniana y de los estudios antropológicos, de las raíces carnavalescas de la experiencia travesti, sus filiaciones con la impronta subversiva de los festejos populares y, entre otras formas de travestismo ritual, con el culto ancestral a la androginia.

El amplio volumen de lecturas y el bagaje teórico-crítico que, como especialista en Teoría Literaria y Literaturas Comparadas, maneja el autor, le permite desplegar un productivo diálogo entre los diferentes discursos que, con mayor o menor acierto, han especulado sobre el problema. Por un lado, revisa el enfoque de la psiquiatría y la sexología tradicionales que conciben el travestismo como un desvío de la personalidad, un desarreglo moral que se encuadra dentro de las “perversiones sexuales medicalizadas” (59). En contraste con esta mirada falocéntrica, que tiende a estigmatizar la conducta travesti como una anomalía, las contribuciones de los estudios de género y del neofeminismo de los años ’90 revisten especial importancia para la argumentación de Gutiérrez. Al pensar el género como una construcción social, como una *performance* del cuerpo y de la imagen que trasciende el imperativo biológico (60), la atención de estas teorías recae sobre el potencial revulsivo y destabilizador del sujeto travestido. Lo que interesa, desde esta perspectiva, es en qué medida el travestismo, fundado en la (con)fusión de la polaridad masculino/femenino, problematiza las configuraciones genéricas esencialistas, consideradas inalterables, promoviendo una crisis de la categoría misma de género. Uno de los nombres que resuena con insistencia en el texto es el de la filósofa norteamericana Judith Butler quien, con su particular visión de la actuación travestista como una “parodia de género”, hace hincapié en la ambigüedad de esta transmutación identitaria, que no necesariamente encubre un gesto subversivo. En tanto proceso que involucra diferentes estados, que van desde la mimesis y la simulación a la metamorfosis; el travestismo oscila entre el apego y la pérdida del ser, entre la imitación y el rechazo al modelo, entre

la “desnaturalización de las normas heterosexuales” dominantes y su “reidealización”, lo que muchas veces asegura la permanencia del sujeto dentro del sistema al cual se opone (69). Como sea, este movimiento no solo pone en evidencia el carácter fluido, inestable, de las nociones de masculinidad y femineidad, sino también el modo en que los géneros “se apropian, se teatralizan, se usan y se fabrican”, lo que implica, en definitiva, que todo género es “una forma de representación” (73).

Sin adscribir totalmente al postulado de Butler de que el travestismo define “un espacio de parodia de la subversión”, ni afirmar sin ambages que representa, por el contrario, un “ritual intensificador del género” (129), Gutiérrez prefiere ahondar en el equívoco sobre el que se sostiene esta praxis: la asunción de un espacio intersticial en el que lo masculino y lo femenino convergen y en el que intenciones diversas e incluso contradictorias coexisten sin anularse. Dicho posicionamiento orienta su análisis de los múltiples derroteros que, en circunstancias disímiles, han conducido a las mujeres a usurpar el atuendo varonil, ya sea como estrategia de resistencia frente la violencia (real y/o simbólica) ejercida por un entorno socio-cultural opresivo, como subterfugio para la consecución de un poder impensado, o bien como modo de afirmación de una femineidad alternativa, a contrapelo de la lógica androcéntrica. En efecto, el autor reconoce un denominador común que congrega a la mayor parte de las prácticas travestistas protagonizadas por mujeres y al mismo tiempo las distingue de la vertiente masculina, esto es, la tentativa de eludir un designio de género que tradicionalmente las ha relegado al silencio y la subalternidad, restringiendo su

accionar, coartando sus deseos y su plena realización como sujetos.

Gutiérrez recoge un vasto repertorio de casos históricos y literarios, muchos de ellos acompañados de imágenes que enriquecen el texto, los cuales dan cuenta de las diversas tácticas de encubrimiento enarboladas por las mujeres, así como también de los distintos móviles que las han impulsado a cuestionar los cánones genéricos. Este panorama, que recorre siglos de historia, incluye figuras destacadas en el ámbito bélico como Juana de Arco y Catalina de Erauso; mujeres escritoras como George Sand o Isabelle Eberhardt que con el objeto de mejorar su estatus, adoptaron, además del traje, el pseudónimo masculino o ejemplos como el de Henrietta Faber, quien recurrió a este mismo ardid para dedicarse al estudio de la medicina.

En lo concerniente al terreno de la ficción, el autor releva algunas de las significaciones que adquiere el procedimiento en la literatura clásica, el romance medieval, el teatro del Siglo de Oro español, el drama isabelino, la narrativa moderna o contemporánea y, ya en la segunda parte del libro, se aboca puntualmente al análisis crítico de cuatro novelas escritas en español: *Hija de la fortuna* (1999) de Isabel Allende, *Mujer en traje de batalla* (2001) de Antonio Benítez Rojo, *Lobas de mar* (2003) de Zoe Valdés e *Historia del Rey Transparente* (2005) de Rosa Montero.

Los textos que integran el corpus presentan claras similitudes, al tiempo que iluminan divergentes facetas del intrincado artificio travestista. En primer lugar, la acción de estos relatos transcurre en enclaves históricos dominados por una fuerte misoginia, arraigada en la ideología patriarcal, lo que de algún modo justifica el mecanismo del disfraz. A su vez, en ellos la cuestión del travestismo

se conjuga con otras problemáticas recuperadas por los *border studies* que se hallan igualmente signadas por la hibridez, la marginalidad, el nomadismo y la indeterminación. Baste mencionar, a modo de ejemplo, los tópicos del viaje, el mestizaje, la emigración, el sincretismo y la transculturación que emergen en las novelas de Allende o Benítez Rojo; la errancia y la vida delictiva ligadas a la piratería en el texto de Valdés o la aventura caballeresca que, en una suerte de *Bildungsroman*, emprende Leola, protagonista de la narración de Montero, a través de los impredecibles caminos de la Francia medieval. De esto se desprende que las heroínas de estas historias se caractericen por ser sujetos itinerantes, descentrados, para quienes la identidad, ya sea sexual, nacional, social, de clase o de género, no constituye una esencia dada e inmutable, sino un proceso de búsqueda constante, de autoconocimiento y de reinención o reapropiación del yo. Si para los caracteres femeninos que habitan estas ficciones el cambio de indumentaria funciona como salvoconducto para superar los condicionamientos biológicos y acceder a espacios, saberes o actividades vedados a las de su especie; no excluye otras posibilidades como la de permitirles gozar libremente de sus cuerpos y de su sexualidad, la de incursionar, sin abandonar sus preferencias heterosexuales, en relaciones eróticas con el mismo sexo o, simplemente, la de pasar desapercibidas para moverse sin restricciones en ambientes hostiles a las mujeres. En todos estos casos, el travestismo, aun cuando se adopte de modo provisional, auspicia en los personajes una transformación ciertamente más decisiva y profunda que la mudanza de ropas, transformación que comienza con la renuncia a los mandatos femeninos de sumisión y pasividad y se dirime en una

intensa lucha por la conquista de una subjetividad autónoma.

No obstante estas muestras de insurrección y resistencia, que Pratt describe como *feminotopías*, el interrogante que vertebra todo el itinerario trazado por Gutiérrez no deja de insistir, hasta el final, en la esencial paradoja del fenómeno. ¿Logra la mujer travestida destituir el sistema patriarcal cuyos principios pretende burlar o, por el contrario, al cubrirse con el “ropaje de sus opresores” (127) remeda el “alienante poder falocéntrico”, volviéndose “cómplice de las leyes que rechaza”, de la maquinaria que la margina o la subyuga (99)? Considerando los incesantes vaivenes por los que transita el texto, la conclusión no admite una postura radical. Como afirma el autor, aun cuando el travestismo femenino, quizás la opción más contundente entre las “tretas del débil” (Ludmer) no lleve al extremo una revolución social y sexual que devuelva a la mujer al centro de la escena cultural, indudablemente su fuerza corrosiva y desestabilizadora provoca una grieta en el sistema que hace tambalear los modos codificados de pensamiento y conducta atribuidos tanto a hombres como a mujeres. Así, entre los pliegues y repliegues de la máscara, se revelan otras alternativas identitarias que inauguran un prolífico espacio de discusión en torno a la redefinición de los roles de género, espacio que continúa abierto a nuevas reflexiones.